

MI EXPERIENCIA DEL RESUCITADO EN UN BARRIO MARGINAL

Una honda experiencia de fe, de contemplación del Cristo resucitado, el Siervo doliente y humillado en el rostro y en la vida de hermanos y hermanas rotos, desestructurados, aplastados por tanta deshumanización, pero en los que trasluce un rayo de luz y de esperanza. Es toda una llamada a abrir los ojos del corazón y la mirada del Buen Pastor.

Desde Octubre de 1999 soy párroco en un barrio de 7.000 habitantes situado en la periferia de la gran ciudad: La Coma (Valencia). Construido hace diecisiete años para familias con escasos recursos económicos, debido a políticas sociales no siempre acertadas, en él se han ido concentrando problemáticas familiares y sociales de todo tipo: desde situaciones de paro y precariedad laboral a problemas de delincuencia, droga, desestructuración familiar y marginación.

Al llegar, me encontré con una comunidad pequeña, pobre, y todavía balbuciente. Como mucho no pasan de las veinticinco o treinta las personas que se reúnen los domingos para celebrar la eucaristía. Unas lo hacen con más fidelidad, otras más irregularmente. Y junto a esta pequeña comunidad, el 99'5%, la gente no va para nada a la parroquia o sólo lo hace ocasionalmente.

Muchas son las preguntas que me he hecho desde el momento de mi llegada. Pero mi principal preocupación ha estado centrada en cómo ser servidor del Evangelio en una realidad como ésta. Hoy quiero recoger algunos de los aspectos más significativos de mi presencia en el barrio y que expresan mejor aquello esencial de mi itinerario como discípulo y apóstol de Jesucristo en medio de los pobres.

1 La llamada a hacerme cercano.

No es una llamada más de estrategia pastoral. Es la llamada del Resucitado que vive en mí. Ella apunta al corazón mismo de la misión. Yo la percibo como la llamada que vertebra interiormente lo esencial del ministerio. Responder a ella acogéndola como una gracia, es adentrarse en el dinamismo interior del Enviado del Padre y es servir como Él el acercamiento salvífico de Dios. Acercarse a los hombres como Él lo hizo, deviene entonces la acción fundamental del sacerdote. No es una más entre otras. Es la realidad ministerial que nos define en directo: el sacerdote es el hombre que en Jesús, con Él y como Él, se acerca a los hombres.

Esta es la llamada que percibo permanentemente en el contacto diario con la realidad del barrio, viendo a la gente, acogiendo y escuchando a todos, interesándome por ellos, atento siempre a lo que viven, sufren y esperan. Cada persona que viene con sus necesidades y sus problemas, en el fondo, me trae siempre el regalo de esa llamada: "tengo que hacerme cercano, más cercano".

Es la llamada que escucho también en mi Estudio de Evangelio, en la contemplación de Jesucristo y en la oración. Es aquí donde la percibo con más fuerza y claridad. Es entonces cuando redescubro una vez más... la necesidad imperiosa, hondamente sentida, de conversión personal, para entrar de verdad en el movimiento mismo de Dios que en la persona de Jesús se acercó a los hombres y a lo más débil y necesitado de ellos.

¿Cómo no acogerla entonces como una gracia?... ¿Acaso no es el Crucificado-Resucitado

el que me llama... quien no cesa de llamarme desde el corazón mismo del barrio, para que con Él y como Él me haga cercano a los pobres y pequeños?... Por eso quiero acogerla con todas mis fuerzas y hacerla eficaz, siguiendo a Jesucristo más de cerca. Así lo deseaba el P. Chevrier: "Y mi deseo es que también vosotros sigáis de cerca a Nuestro Señor".

Consecuente con esta decisión y movido por la necesidad de ahondar en el conocimiento de Jesucristo, redescubro también que el camino del acercamiento a los hombres, escogido por Él y que yo debo rehacer en medio de los pobres del barrio, no es otro que el camino hacia la Pascua. Adentrarme en él, siguiendo a Jesucristo más de cerca, es mi principal preocupación y mi primer trabajo como respuesta a su llamada. Adentrarme y avanzar en el conocimiento de El... hasta contemplarle y verle y sentirme cada día seducido por la bondad y la grandeza de su alma. Adentrarme y avanzar..., dejando que El me trabaje y vaya trazando en el día a día de mi pobre persona aquellos rasgos suyos que me hagan semejante a El.

Acercarme a la gente del barrio, rehaciendo con Él el camino de la misericordia del Buen Pastor.

En mi ir y venir por el barrio puedo verle y contemplarle una y otra vez, tomando la iniciativa y marchando de un lado para otro al encuentro de los pobres. Le veo acogiendo y curando a todos sin prisa, imponiendo sus manos sobre cada uno... Le veo escuchando el grito de los más pobres, dialogando con ellos, parándose ante el más débil y necesitado, tendiéndole su mano, tocándole... Es el Resucitado que hoy, aquí, en el barrio se acerca y toca con su mano liberadora al hombre, al leproso (Mc 1,14)... Es el Resucitado que me precede y marcha siempre delante de mí..., que en mí sigue acercándose hoy a los preferidos del Padre.

Le veo y contemplo. Y quedo maravillado por la inmensidad de su amor y su ternura. Le contemplo y le siento al fondo de mi mismo, "movido de compasión" al ver las gentes del barrio "maltrechas y derrengadas como ovejas sin pastor" (Mt 9,35). Es el Siervo que hoy marcha, aún hacia su Pascua por el camino de la misericordia del Buen Pastor. Movido por su amor y su ternura, El se entrega totalmente. Es el Signo de la Misericordia del Padre, que en El se acerca preferentemente a los pobres, sanando..., tocando su debilitado corazón..., humanizándolo..., salvando..., dando vida!... Es el Sacramento del Amor del Padre que "no quiere que se pierda ni uno sólo de esos pequeños" (Mt 18,14). Y con El y como El, yo soy enviado cada día para ser signo, expresión histórica, del Amor del Padre junto a los más pobres en el corazón mismo del barrio.

Acercarme..., rehaciendo con Él el camino de su abajamiento.

Le contemplo recorriendo el barrio y quedo maravillado por su tenacidad en acercarse a todos... Despojado de todo, para que nada ni nadie pueda obstaculizar su acercamiento... Pobre como cualquier vecino, vive desde abajo la precariedad y la exclusión social. Haciendo suyas su pobreza y sus luchas..., se abaja hasta el lugar de los últimos. Se acerca, abajándose. Es el Servidor "que ha tomado nuestras dolencias y cargado con nuestras enfermedades" (Mt 8,17). En Él acercamiento y abajamiento se abrazan e identifican. Jamás podré yo hacerme cercano a los más pobres del barrio, si no me abajo de verdad y me sitúo entre ellos como el servidor de todos. "El Hijo del hombre ha venido, no para ser servido, sino para servir y dar vida" (Mc 10,45).

Difícil y costoso el camino escogido por el Señor!... ¿Cómo no sentir en mí mismo las resistencias de la débil condición humana?... Todos los días puedo experimentar su dificultad y su dureza en el esfuerzo personal por acercarme a todos. Pero llamado por Él, debo rehacerlo cada día y adentrarme en el corazón mismo del barrio como lo esencial y prioritario

de mi ministerio. Movido entonces por su amor, experimentado todos los días en lo hondo de mi mismo, "movido de compasión" yo también..., es Él el que se abaja en mí y se acerca.

Acercarse, pues, con El..., como El..., siendo signo del acercamiento salvífico del Amor del Padre a los pobres y pequeños..., es despojarse..., hacerse pobre y humilde de corazón en medio de ellos..., y es abajarse un día y otro hasta el lugar de los últimos "no hacerlo por obligación, sino por atracción y por amor" (VD 402). Es la gracia que cada día pido y que estoy decidido a acoger.

Acercarme..., rehaciendo con Él el camino de la obediencia hasta el don total de sí mismo.

En su tenacidad por acercarse preferentemente a los últimos y hacer reconocible el Amor del Padre en medio de ellos..., le contemplo avanzando esforzadamente en su camino de entrega y abajamiento... Le contemplo sumido en la prueba: "Aparta de mí este trago" (Mc 14,36)... "A gritos y con lágrimas, ofreció oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte; y Dios le escuchó, pero después de aquella angustia, Hijo y todo como era" (Heb 5,7)... "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15,34)... "Sufriendo aprendió a obedecer"(Heb 5,9)... "No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú" (Mc 14,36).

Le contemplo obediente hasta el don total de sí mismo... y quedo sobrecogido por tanta grandeza..., tanta belleza en su alma... ¡Qué atrás quedan mis pasos... Qué pobres mis deseos de seguirle más de cerca... Cuántas pequeñas infidelidades tejidas en el camino de mi obediencia a la llamada de los pobres... Cuántas excusas para justificar mi falta de generosidad...! Y sin embargo Él vive en mí... con su llamada insistente y confiada: "Sígueme".

¿Sabré llegar con Él hasta el don total de mí mismo?

2 Desde el acercamiento a los más pobres... a la contemplación del Resucitado en sus vidas.

De mi Cuaderno de Vida recojo brevemente un par de hechos que traduzco al castellano.

Con la sonrisa brotó la esperanza (17-2-03).

Esta tarde Eva M^a vino al despacho parroquial: "¿Es Vd. el párroco?... "Quería hablar con Vd."... Le digo que se siente. Era la primera vez que la veía. Habla muy bajito. Su voz temblorosa denota una gran debilidad. Tiene una mirada apagada, triste, muy triste..., reveladora de una gran pena en el corazón... "Mi marido está muy enfermo. Mi único hijo murió la noche de fin de año. Tenía cinco añitos... Padecía una parálisis cerebral..." Y mientras habla y la escucho, un nudo me oprime el corazón... "¿No sabe de algún trabajo para mí? No tenemos nada"...

Hablo con Teresa que está en el despachito de Cáritas: "¿Qué podemos hacer?... "De momento podríamos hacerle una compra de alimentos". Voy con Eva M^a al Supermercado. No se atreve a escoger las cosas. Tengo que animarla: leche, azúcar, yogures, aceite, jamón york, naranjas... La acompaño a casa. Me presenta al marido, Antonio. Al tiempo que le acerco la mano, noto en él un movimiento de querer besarme. Descubro que no tienen muebles. Hace frío, mucho frío para un enfermo de sida. La casa está helada y les pregunto si aceptarían una estufa de butano. Sonríen y me voy al piso de Cáritas a por la estufa y la bombona de gas.

Al rato les llevo la estufa, que encendemos y comienza a calentar la casa. Vuelven a sonreír... Y el rostro de Antonio se ilumina... Me recuerda la mirada de Enrique, el hijo de

María la gitana, allá en el Barrio del Cristo, cuando le daba el yogur a cucharaditas porque ya no podía tragar... Y la de Manuel en Mas al Vent, ya sin habla, al ver a su hermana Encarni...

Hoy, Señor, he visto el rostro humano de dos vidas aplastadas por el sufrimiento, la enfermedad y la pobreza... Y he visto su sonrisa... Y he sentido allá en lo hondo que el corazón se me llenaba de una ternura inmensa... "El hizo tuyas nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8,17). ¿No es éste el camino del discípulo?... Haz, Señor, que mi esfuerzo por seguirte más de cerca sea expresión concreta de que Tú estás ahí, en fidelidad y en solidaridad radical con ellos.

Al despedirme de Antonio, le di un beso y él me dio otro. También Eva M^a. Y de nuevo la sonrisa iluminó sus rostros.

Hacia la esperanza en la dignidad recuperada (7-3-01)

Esta mañana he acompañado a las mujeres del "Grupo Esperanza". Hemos hecho Revisión de Vida. Habíamos estado viendo un hecho muy cercano a ellas: una mujer, cuñada de P., sufría desde hace tiempo malos tratos de su marido. Todas ellas han tenido o han vivido de cerca historias parecidas. El grupo ha sido un espacio que las ha ayudado a recuperar su autoestima y a sentirse de nuevo personas. Hoy son mujeres capaces de comprometerse solidariamente en los esfuerzos por la promoción del barrio.

La mujer del hecho es una persona joven, con tres niños, que sufre lo indecible: el marido la insulta a diario, le pega, la acosa, le grita: "Sólo sirves para que te follen. ¡Ven aquí!"... Es una mujer humillada, violada, rota por dentro... Una mujer que ha perdido toda su autoestima. Una mujer sometida, aplastada, abatida, presa de miedo..., de mucho miedo. Una mujer aterrorizada..., abandonada a su suerte.

Llegado al Juzgar, el grupo fue expresando su repugnancia y su rechazo a tanto sufrimiento. No es justo. Un sentimiento de indignación se reflejaba con fuerza en los rostros de las mujeres. " Bien, -les digo- decís que no es justo... ¿Y Jesús?... ¿Qué nos diría Jesús?... El está aquí en el grupo. Si pudiéramos verle sentado como uno de nosotros y oírle, escucharle, como nos oímos y escuchamos nosotros... ¿qué nos diría?... " Se hizo un gran silencio, como de escucha. Concha, señalando el pequeño tablero en el que fuimos anotando las vejaciones y el sufrimiento de la mujer, dijo: "Jesús nos diría: Yo he pasado por todo eso". Nuevo silencio en el grupo. Fue como escuchar a Jesús: "Yo hago míos esos sufrimientos. Yo estoy de parte de la mujer... Estoy con ella y mi Padre, con todo su amor, también sufre con ella..."

Hoy en esta Revisión de Vida hemos contemplado la presencia del Señor Crucificado-Resucitado en el grupo. Ciertamente El vive en los pequeños, camina con ellos... Ha estado y sigue estando presente en la historia de cada una de estas mujeres: Paqui, Reme, Pepi, Concha, Ester... El sigue amando..., actuando..., hablando en ellas... Hoy se nos ha mostrado en el rostro humillado, aplastado, de una mujer maltratada... El grupo se ha sentido fuertemente interpelado: "Si Jesús, el Señor, vive en nosotras..., siempre hay un motivo para la esperanza.

Gracias, Señor, por esta presencia tuya. Haz que yo pueda verte y contemplarte cada día... Abre mis ojos y mi corazón, para que pueda reconocerte en la vida del barrio..., en las alegrías de la gente, en sus sufrimientos y miserias... Haz que pueda verte y contemplarte... y amarte y seguirte en tu camino de entrega, identificado, abrazado solidariamente a todos ellos. Gracias, Señor.

Vicente Amargós
Valencia